

CINCO NÚMEROS CADA MES.

ACERCA, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, sueños, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

Administración.—Caños, 4, bajo.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj., 6 meses 20 rs.—América, 40.

# EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

## ¡VIVA LA PEPA!

Ahora sí que lo podemos decir.

El estado de sitio se levanta, con lo que participamos á VV. que hemos salido ya de cuidado.

Muchas gracias por todo, señor Gobierno. Ya podremos decir á V. cuatro claridades y cuatro frescas, aunque nos parece que, como V. es tan fresco, las frescas no le han de hacer el mayor efecto.

Señor don José Posada,—que los tenga V. E. muy felices mañana;—¿por qué habla V. E. con tanto desden de la prensa?...

¿No se acuerda ya V. E. de que cuando mandaba el amigo don Ramon se puso V. E. de parte de la prensa y de los estudiantes?...

¿No considera V. E. que si la prensa no hubiese hablado nunca de V. E. nadie sabría que V. E. es un hombre de muchísimo talento?...

¿No piensa V. E. caer nunca del ministerio?... Pues cuando caiga V. E., sin hacerse daño por supuesto, no pensará V. E. lo que hoy dice que piensa de la prensa.

Amigo don José, confiese V.—y V. E. perdone que le apeemos ya el tratamiento,—que si otro ministerio estuviera en el banco que ocupan V. y sus compañeros, había V. de ponerle las peras á cuarto por la reforma de la ley de imprenta y por otras cosas.

Confiese V. que no hay como ser ministro para perder la memoria, la voluntad y el entendimiento. V. no ha perdido el entendimiento, porque quien tanto entendimiento debe al cielo no es fácil que lo pierda; pero lo que es la memoria y la voluntad, perdidas las tiene V., ó guardadas para recobrarlas luego que deje ese banco en que está V. acomodado hace unos cuantos meses.

Un periodista diputado salió el otro día á defender la prensa, y leyó una porción de sueltos recogidos en estos pasados tremendos días de sitio. A V. E.,—le daremos á V. tratamiento otra vez para que no se enfade,—no le divirtió la lectura de los párrafos recogidos; á nosotros tampoco, porque á la verdad, los párrafos recogidos no tenían nada de particular, ni chiste, ni gracia, ni cosa que lo valga.

Para defender á la prensa no había gran necesidad de leer aquellas cosas.

Ya vió V. E. cómo no se leyó nada de lo recogido en EL CASCABEL. Pues ya sabe V. E. que también este pobre ha padecido bajo el poder del estado de sitio; pero EL CASCABEL no hubiera tenido nunca la pretension de que se leyera sus cosas en el Congreso, conociendo, como conoce, la poca importancia, la ninguna, que tiene en la prensa un periódico como él, que no pertenece á partido alguno, y que así se fia de la democracia como de los moderados, como de los de-

mócratas, neos y progresistas, como de la Union de V. E. y sus compañeros, amigos y protegidos.

Conociendo esta poca ó ninguna importancia de EL CASCABEL, la prensa, que firmó la protesta que el otro día oyó V. E. leer en las Cortes, no contó con EL CASCABEL para que la firmase, cosa que no tiene nada de particular ni la tomamos como desaire, porque los periódicos de los diversos colores políticos no han de ir á alternar con un periódico que no le gustan colorines, y que lo mismo le importaría que gobernarsen unos ú otros, si gobernasen bien.

Pues señor, el ministro de Hacienda no quiere decir lo que piensa de los cupones ingleses. Amigo, quien calla otorga. V. E. debería hablar claro en esa cuestion, ó decir que no la entiende, como dijo V. E. con loable franqueza á propósito del ramo de Hacienda, que V. E. desempeña como puede quien, como V. E. dijo, no la entiende.

Pero nosotros tampoco entendemos de política y hablamos de ella, como otros periódicos, que no confiesan que no la entienden, porque todos no son tan francos como V. E. y EL CASCABEL.

Y vamos, señor excelente, excelentísimo, ¿cuándo se arregla al fin la Hacienda? ¿cuándo se cambian los billetes? ¿cuándo hay dinero, hombre, cuándo hay dinero?...

V. E. lo tiene, porque creemos que á los ministros se les da la paguita en oro en todo tiempo; pero nosotros.... vocativo caret.

¿Sabe V., señor Gobierno, que se despacha V. á su gusto con ese reglamentito de empleados?... A los empleados colocados por la Union les vendrá muy bien; pero á los que VV. han dejado cesantes les sabe como á cuerno quemado; es decir, á pan-liberal, que es un pan de municion.

Y, vamos, sean VV. francos, ¿es verdad que hay desavenencias entre los ministros de Estado y Hacienda, y entre el Presidente y el de Gobernación? A nosotros nos lo ha dicho un chismoso, pero no lo creemos, porque eso de estar VV. en desavenencia con la prensa y con el país, es cosa bien natural y propia de VV.; pero entre ocho que bien se quieren y bien cobran, no puede haber desavenencia. Porque ¿qué le importa, vamos al decir, al ministro de la Gobernación cómo anda la Hacienda, ni qué le importa al de Hacienda como anda la Gobernación? Nada, no hay desavenencias; esas son noticias que desmiente *La Correspondencia*, sin que nadie las haya dado, para hacerse lugar con el Gobierno.

Supongo que sabrán VV. que mañana lunes celebra la iglesia al glorioso San José, al popular San José.

Mañana habrá en casa de don José Posada Herrera una lluvia de tarjetas, muchas más tarjetas que en los años en que no ha sido ministro. No sé si los periodistas pensarán regalarle algo mañana en prueba de reconocimiento; pero estábamos en el caso de hacerlo, toda vez que no hemos de portarnos con él como él con nosotros.

Mañana son los días de doña Josefa, doña Pepita, como quiere que la llamen; una señora ya veterana (no de la Guardia civil), que celebra sus días sacrificando á su marido, que por fuerza tiene que acompañarla en casa todo el día, para recibir con ella á las personas que vayan, y sacrifica á los chicos, que los hace estar también quietos en casa, sin permitirles moverse para que no se manchen la ropa ni se arruguen los puños, ni se despeinen, y sacrifica á la criada, que le hace estar todo el día en la cocina haciendo natillas, que luego salen ahumadas, rellenando croquetas, que luego saben al humor de la criada, es decir, á mil demonios, cuidando de un gallo más viejo que la dueña de la casa, y pellando un par de palominos muertos de su muerte natural, y no á hierro, hace tres días, en la polleería de la esquina, donde es fama que todo lo que se vende es fresco, y por último, rellenando de un picadillo indefinible unas cebollas muy grandes, que el día de San José es el único día que se acuerdan de comer en aquella casa, aunque todos los años en tal día los chicos se ganan un cólico así como para ellos solos, y luego por la noche doña Josefa no hace más que tomar tazas de té, y aflojarse las ballenas, y dar respingos, como quien tiene los nervios en pleno estado de insurreccion.

Por de contado, que á pesar de tantos preparativos, y de estar toda la familia todo el día en traje de ceremonia, no va nadie á dar los días á doña Josefa, á no ser el aguador, que se los da á tiempo que le echa el agua.

Mañana son los días de Pepita, la hija de don José, un agente de negocios; el día del glorioso carpintero se celebra en esta casa, no por don José, sino por Pepita, que es una muchacha de veinte años, flaca, larga, que toca el piano y canta. El día de San José tiene concierto esta familia, y es el único día que hay concierto en la casa; la niña estrena un vestido largo y estrecho como ella, se pone un jardín en la cabeza, está todo el santo día tomando huevos para tener la garganta expedita; pero como va durante el día tanta gente á su casa, y sale tantas veces á despedir á las amigas, y la criada abre á lo mejor la ventana de la cocina para hablar con el asistente del cuarto segundo, y el aire se cuele por la ventana y por la puerta, Pepita coje un pasmo, y por la noche, en la ocasion solemne del concierto, tiene la voz tomada y canta de una manera deplorable, teniendo que pasar por el durontranco de que cante mejor la hija de la de Gonzalez, á quien convidó el padre de Pepita á tomar parte en el concierto, suponiendo que lo haria peor que su hija, puesto que aquella solo canta de aficion y su hija canta por principios. Con esto Pepita se come de envidia y despecho, y se pone mala, y le da un calenturon, que se le cura viendo al otro día en un periódico un suelto que pone uno que le debe dinero al padre y no se

lo quiere pagar, en el cual consta que la bellísima Pepita, la hija de la casa, cantó con un gusto, un sentimiento y una maestría superiores á todo encarecimiento.

Mañana son los días de la señora Josefa la carnífera, ó sea la mujer del carnicero de la plazuela, que todos los días está en el cajón cobrando, mientras su marido con el hacha en la mano parte en pedazos la carne y los huesos, que dan sustancia al caldo de todo el barrio. Mañana la señora Josefa se pone su vestido de *moaré*, su pañuelo de Manila, que vale 10,000 reales, su collar de perlas, su cruz de brillantes y sus treinta ó cuarenta sortijas, y se presenta hecha un brazo de mar, tan ufana como una princesa. Mañana las parroquianas no pagan la carne, y el señor Manuel, que es el marido, se pone la levita, y por la tarde su mujer y él se lucen en paseo, y por la noche van al Teatro Real, á ver *La Africana*, ocupando dos butacas, á que les da derecho el dinero que ganan honradamente. Todo esto si el diablo no mete la pata, y la señora Pepa no encuentra en la calle á la viuda de Juanito el manco, un torero á quien toreó en vida su mujer, que sabe la señora Pepa le gusta un poco al señor Manuel, sobre lo que podría contarse una historia muy larga, que tiene siempre *escamó*, así dice ella, á la señora Josefa, la cual ha prometido que el primer día que la encuentre la ha de plantar los cinco mandamientos en la cara.

Mañana, en fin, son los días de todo el mundo; en una casa sí y en otra también hay algún Pepe ó Pepa á quien celebrar. No hay santo más popular que San José bendito.

El nos valga, y así tomaran ejemplo de su humildad, modestia, dulzura de carácter y amor al prójimo los ministros y aspirantes que juegan á la pelota con este país, que ningún daño les ha hecho.

Y hasta aquí llegó.

¡Viva la Pepa! ó mejor: ¡Vivan las Pepas! ó mejor todavía: ¡Vivan las Pepas y los Pepes!

Que los tengan VV. muy felices.

## GALERIA DE MATRIMONIOS.

### SESTA PAREJA.

El marqués de los Peños, era hace diez años, cuando se casó con la hija del baron de la Nube, un pollo guapo, rico, gastador, que en el Prado se llevaba tras sí todos los ojos, cuando guiaba hábilmente las dos valientes yeguas de su *araña*, y á quien ninguno aventajaba en destreza y gallardía cuando montaba su soberbio potro cordobés ó su forzada y nerviosa yegua inglesa. No había en la alta sociedad fiesta, convite, baile, concierto, donde no fuese indispensable su presencia, y todas las muchachas le miraban con benevolencia, y todas las mamás con marcada predilección, y todos los pollos y gallos del gran tono con cierta envidia. Y era un buen muchacho, franco, amable, poco presumido, poco ilustrado, porque sus padres no se habían cuidado mucho de su educación; pero bueno, lo que se llama de buen fondo, de buena pasta, amigo de hacer favores, generoso, ajeno á todo sentimiento mezquino, en fin, lo que se llama un *buen chico*.

El buen chico vió una buena chica y se enamoró de ella, y á la muchacha no le pareció costal de paja el mozo, y también se enamoró de él, más afortunado que un sinnúmero de galanes que hacían, sin éxito, la rueda á la niña, que era entonces como unas perlas, y aun es hoy una moza capaz de dar con sus ojos un mal rato á cualquiera.

Pues señor, el marquesito y la hija del baron estuvieron enamorándose un año, y cuando ya estuvieron enamorados á más no poder, se casaron como lo manda la Santa madre Iglesia.

Y entonces fué cuando estalló la envidia de las apasionadas del marquesito y de los admiradores de la hija del baron, y esta envidia fué creciendo luego que se supo que los esposos eran felices, y no estaban separados un momento, y á todas partes iban juntos, y todas las personas que iban á visitarlos contaban luego que estaban los dos muy fastidiosos, y que parecían dos tontos, que no había cosa más empalagosa que ver á unos recién casados, y que el amor los había hecho hasta groseros, porque parecía, cuando tenían visita, que los estaban piachando, y deseaban quedarse solos, y todo el mundo les estorbaba.

La luna de miel de este matrimonio se prolongó más de lo regular, y esto era un verdadero escándalo, que las amigas de la marquesa no podían consentir, porque es, entre ciertas gentes, ridículo que una mujer, por estar casada, no acompañe á sus amigas, y no las dedique el mismo tiempo ó poco menos que cuando estaba soltera; y además, así decía alguna de las amigas, era enseñar muy mal á un marido eso de no separarse nunca de él y estarle siempre contemplando, sobre que así se cansa á un hombre que llega á aburrirse de ver siempre delante la cara de pascua de su mujer.

Este horrible temor de que su marido se cansase de verla, decidió á la marquesita á tomar en cuenta los consejos que le daban las amigas, y al fin, á los dos años de casada—(otras al mes)—ya iba á pasar un día en casa de la duquesita de la Estaca, y alguna noche

acompañaba en el palco del Real á las hijas del conde del Violín, y otras veces se la llevaba otra amiga á pasar dos ó tres días con ella en su posesión de Vallecas, con lo cual no estaba ya constantemente al lado del marido, que así no se cansaría de verla.

Y el marquesito, que tenía, como rico y desprendido que era, muchísimos amigos, también cedió al fin al influjo de los consejos de estos, cosa que no tenía nada de particular, porque al fin y al cabo, cuando su mujer iba con sus amigas, ¿qué extraño era que él se fuera con sus amigos?

Porque, vamos á ver, ¿qué mal había de haber en que mientras su mujer estaba oyendo cantar en el teatro, él estuviese en el Casino jugando y hablando, ó en los pasillos del teatro, ó en las butacas, mirando de cuando en cuando á su mujer y viendo de paso á las demás?... Luego, al terminar la función, iba á buscar á su mujercita, y ambos se contaban sus impresiones.

Entre hombres solos se habla de muchas cosas, se habla de mujeres—(y no se figuren VV. que considero á las mujeres como cosas)—se cuentan las conquistas y triunfos de cada cual, se habla de los puntos de virtud, permitaseme la frase, que calza, en opinión de ellos, cada mujer conocida, y se dicen y se saben cosas muy extrañas, siendo esta conversación sumamente peligrosa para los hombres casados. Entre los amigos del marqués los había que gozaban de gran reputación por sus aventuras amorosas y que se gastaban el dinero alegremente en galanteos, dando pruebas de ser verdaderos hombres de mundo, aunque, para mí, los que tal hacen son necios de solemnidad. Y como el marquesito no era galanteador, y aunque dispuesto siempre á gastar, no tiraba el dinero dándole vergonzoso empleo, sus amigos se permitían con él ciertas bromas, y le llamaban *doctrino, inocente, marido*—(que hasta este respetable nombre es ridículo en opinión de esos tontos)—y le amenazaban con que habían de hacerle hombre, es decir, con que le habían de hacer tal como ellos eran.

Y hubo dos de aquellos caballeros que se propusieron combatir la virtud estóica de aquel marido. Y no fué lo malo que se propusieran tan mala acción, sino que consiguieron su objeto.

Una bailarina, oriunda de no sé qué país, soberanamente bella, y más que bella, enredadora, y más que todo, amiga de tener dinero, y coche, y diamantes, y todas esas miserias que necesita el vicio para cubrir á sus propios ojos, que no á los ajenos, su deformidad, fué la encargada de conquistar al marqués.

La primera noche que este pisó el vestuario de la artista, salió de allí ofuscado; la segunda vez salió con calentura, y la tercera salió prendado de aquella peregrina belleza, mucho más bella con su traje de silfide y con los mil ingredientes que entran en el decorado del rostro de una bailarina que quiere hacer efecto, maestra en danzar y archi-maestra en *hacerse* cada noche un semblante más seductor que el de la noche anterior.

El hombre casado que llega á olvidarse de sus deberes, entra en una resbaladiza pendiente, y la recorre rápidamente, siéndole muy difícil detenerse. Primero se oculta de todos, procura que sea secreto el torpe lazo que le une á una mujer indigna, pero bien pronto lo saben los amigos, y los amigos lo cuentan á todo el mundo, y lo comentan hasta que el secreto llega á los oídos de las mujeres, y entonces ya lo sabe, además de todo el mundo, la interesada, es decir, la esposa. La noticia del deslizo del marquesito, de la caída de aquel marido hasta entonces libre de pecado, produjo el mejor efecto, como que con el mal de aquel matrimonio se satisfacía la miserable envidia de muchos.

El golpe fue horrible para la pobre esposa, que no quería creer tal infamia, pero que al fin hubo de convenirse por la conducta de su marido, que pasaba los días fuera de casa, y por la noche no iba á buscarla al teatro, y volvía de madrugada al hogar doméstico, y ya no acariciaba á su mujer al entrar ni al salir de casa, y parecía como que evitaba las ocasiones de hallarse solo con ella, y como que le gustaba verla acompañada.

La marquesa, si hubiera seguido los impulsos de su corazón, hubiese logrado, á fuerza de cariño y solicitud, avergonzar á su marido de aquel amor ilegítimo, que no era amor ni menos pensarlo, porque su marido era bueno y amaba entonces á su mujer; pero la infeliz encontró quien la hablara de su dignidad ofendida por el esposo infiel,—que cada cual entendiéndole á su modo la dignidad,—y la aconsejase lo que debía hacer, que en esto de dar consejos es muy pródiga la falsa amistad.

¡Y que consejos la dieron!

Una señora con los cascos á la gineta, separada de su marido, la aconsejaba que corriese al juzgado y pusiera en autos al juez, y al escribano, y á los alguaciles, de la calaverada de su esposo.

Aquella pobre señora, como estaba separada de su marido, tenía todo su gusto en ver á las demás en su mismo caso, y á tener ella poder para hacerlo, hubiese querido que un día amanecieran todos los maridos en Filipinas.

Otra le aconsejó que fuera á buscar á la bailarina, y la confundiese con el peso de su indignación y su desprecio, como si aquella pudiera confundirse con ese peso.

La que tal aconsejaba, era una andaluza que, ella misma lo confesaba, le había armado más de un escándalo á su marido, por cosas siempre nimias, con lo que había conseguido que aquel se cansase de oírlo y no la hiciera caso maldito.

Otra viudita sentimental, que mató á pesadumbres á su señor y dueño, la aconsejó que amenazase al marqués con que tomaría una cajilla de fósforos en un vaso de agua, después de abrazar la cara á la bailarina con vitriolo ó aguarrás.

Una poetisa la ofreció que había de escribir para un periódico la historia de la infidelidad de su marido, llamando de paso la atención del Gobierno, para excitarle á crear una nueva sección de Guardia civil, encargada de perseguir á los maridos extraviados, en cuya historia daría pelos y señales del protagonista, para que, sin necesidad de nombrarle, le conociera todo el mundo.

Otras la aconsejaron que se vengase de su marido aplicándole la pena del Talion, infame consejo que parecerá inverosímil á quien tenga la suerte de no conocer la perversidad de ciertas personas, que pasan por buenas y honradas, y la perturbación moral de nuestras costumbres.

Pues ¡y ellos?... los amigos del esposo, acaso los mismos que le habían pervertido, cómo se interesaban luego por la esposa triste y desconsolada! ¡cuántos consuelos la prodigaban, y cómo anatematizaban la conducta del marido cruel y libertino! La pobre muchacha no estaba ya sola nunca, sus amigas la sacaban para distraerla de su pena, y los amigos la acompañaban constantemente con la mayor abnegación. Y cada vez se veían menos frecuentemente los esposos, y cada uno comía á su hora, y no se daban cuenta de sus acciones, y por consiguiente, cada vez se acostumbraba más el marqués á no ver á su mujer, y se aficionaba más á aquella bailarina, que le gastaba muy buen dinero, si puede ser bueno el dinero que en tales vicios se emplea y tales infamias facilita.

Había un amigo del marido, que á la mayor parte de los maridos les sale un amigo por el estilo, á quien le gustaba, sobre todas las cosas del mundo, la mujer de su amigo, y le gustaba mucho más, porque ella le había desdenado siempre, no contestando á sus insinuaciones, y fingiendo no apercebirse siquiera de ellas. Este amigo era el que espiaba al marido; este el que contaba lo que veía, lo que sabía y lo que no sabía ni veía, á la atribulada esposa; este el que aprovechaba la indignación y el amor propio de la ofendida esposa para continuar en sus insinuaciones, y este, en fin, el que, aunque no lo era ni lo fué luego, quería parecer á los ojos del mundo, de ese mundo medio ciego que se llama gran mundo, amante de la marquesa.

El lector sabe bien que hay hombres de tan ruines pensamientos como este.

La marquesa no fué su amante, no ha sido nunca amante más que de su marido, pero el amigo se compuso de modo que, al cabo de tiempo, se creyó firmemente que la marquesa se había vengado de su marido. El demonio, que es enemigo de todo lo bueno y santo, y por consiguiente lo es del matrimonio, no suelta á tres tirones al matrimonio que coge desprevenido contra sus asechanzas, y el demonio fué quien hizo á la marquesa escribir alguna carta citando á su casa al amigo que le daba parte diario de los devaneos del esposo, con objeto de que le diera detalles sobre algún hecho de este. Corrió esta carta, que era un arma terrible contra ella, y así como los devaneos reales y efectivos del esposo llegaron á oídos de la esposa, así también los supuestos devaneos de la esposa llegaron á oídos del esposo, que entonces volvió en sí, y entonces maldijo á la bailarina y maldijo á sus amigos, que habían destruido para siempre su felicidad. Observó á su mujer que, observándole á su vez, halló en él cierta mudanza, le vió salir menos, y separarse de sus amigos y no recibirlos, y conoció que comenzaba el desleal á despreciar á la bailarina y á sus consejeros; no aprovechó la quitada tan peregrina ocasión para explicarse con su marido y perdonarle el extravío; si quería perdonarle, pero antes quería vengarse; triste y pueril venganza!... La venganza fué aparentar alegría é indiferencia, coquelear un poco en los teatros, aceptar las invitaciones á conciertos y *soirées*, y en fin, hacer creer á su marido que ya no le quería, que ya no le interesaba, que ya no le daba pena su deslealtad... para hacerle sufrir un poco....

Este era el resultado de los consejos que daban á la infeliz mujer las amigas y los amigos que decían interesarse mucho por su felicidad, y sobre todo, por su decoro.

Y el amigo, el mejor amigo del marqués, cada vez más necio, cada vez más imprudente, cada vez más rendido y obsequioso con la esposa, y cada vez más ufano porque por todas partes cundía la fama de su triunfo.

El marido se batió con el fingido amante, que tuvo el insolente repugnante valor de batiarse en lugar de confesar sincera y públicamente la honra inmaculada de la esposa, é hirió al marido, á su amigo, de quien él se llamaba el mejor amigo.

Este miserable, que poco tiempo después quebró fraudulentamente, tuvo que escapar y no ha vuelto por aquí.

El marido está arrepentido de su extravío y convencido de la inocencia de su mujer, que solo hizo mal en seguir consejos de gente envidiosa; pero en el gran mundo se cree que el marido está resignado, y la esposa arrepentida, y mucho es que se la concede el arrepentimiento.

¡Y la felicidad conyugal?...

Esta preciosa felicidad, la que no se recobra si una vez se pierde, no existe en casa del marqués.

Para que haya felicidad conyugal, no ha de haber en el cielo del matrimonio la más leve nube.

Para que sea feliz un matrimonio, es preciso que no haya quien esté interesado en que no lo sea; es preciso que el marido y la mujer tengan suficiente discernimiento para saber á quien llaman *amigo ó amiga*.

Y aquí da fin este matrimonio, para dar lugar á la sétima pareja, que se presentará el domingo, si Dios quiere.

## EL VIAJE DE LAS VIRTUDES,

escrito en inglés por Bulwer.

Resolvieron una vez las Virtudes hacer una corta excursión, y aun cuando sabían perfectamente que en la tierra estaba todo muy mal preparado para recibirlos, creyeron, sin embargo, que bien podían aventurarse sin peligro á dar un paseo desde el puente de Westminster á Richmond. El día estaba hermoso, el viento en su favor, y en cuanto al pasatiempo, no parecía haber posibilidad de disgusto entre las Virtudes. Tomaron un bote en las escaleras de Westminster y,

precisamente en el momento en que iban á separarse de la orilla del río, acercóse á ellas una pobre mujer cubierta de harapos y con un niño en los brazos, implorando su compasión.

La Caridad metió la mano en el bolsillo y sacó un chelín.—La Justicia, que andaba por allí dando vueltas para cuidar del equipaje, vió la locura que iba á cometer la Caridad, y asiéndola á esta por el brazo, exclamó:

—¡Cielos! ¿que vais á hacer? ¿No habeis leído nunca la Economía política? ¿No sabeis que el dar limosna sin discreción no sirve más que para estimular la pereza, madre del vicio? Y sois una Virtud! vamos me avergonzais. Marchaos, buena mujer,—añadió hablando á la mendiga,—pero no, esperad,—ahí teneis un bono para que os den una taza de sopa en la Sociedad de Mendicidad; allí verán si sois verdaderamente digna de compasión.

Peró la Caridad, más rápida que la Justicia, dió con disimulo el chelín á la pobre mujer, que recibió asimismo el bono de la Justicia.

La Economía y la Generosidad vieron el doble donativo.

—¡Qué despilfarro! exclamó la primera frunciendo el ceño. ¡Cómo! ¡un bono y un chelín! uno ú otro hubiera sido suficiente.

—¡Uno ú otro! dijo la Generosidad, ¡qué miseria! ¡la Caridad debía haber dado media corona á esa pobre criatura, y la Justicia una docena de bonos!!

De modo que los primeros diez minutos se pasaron en una disputa entre estas cuatro Virtudes, disputa que hubiera durado hasta Richmon, si el Valor no las hubiese aconsejado que desembarcasen y la terminaran en un singular combate. Entónces notaron las Virtudes que se habian olvidado un poco de sí mismas, y haciendo la Generosidad las primeras concesiones, todas se reconciliaron y continuaron en la mayor armonía durante una ó dos millas.

En esto empezó á cubrirse un poco el cielo, dando señales de un próximo aguacero. La Prudencia, que llevaba puesto un sombrero nuevo, indicó la conveniencia de que bajaran á la orilla por media hora; el Valor era de opinión que se afrontase la lluvia; pero como la mayor parte de las Virtudes eran mujeres, prevaleció el parecer de la Prudencia. Precisamente al ir á tocar en tierra, otro bote cruzó por delante de ellas con la mayor impetividad, y dió al suyo tal choque, que la Caridad estuvo á pique de caer al agua. La patulea que iba á bordo del mal educado bote,—que evidentemente se figuró que las Virtudes eran personas de baja estofa, pues en su exterior nada llevaban que fuese elegante,—rompió en una carcajada al ver la descompostura de la Caridad, y sobre todo, porque una gran estallena de dulces que la Caridad llevaba consigo para los niños pobres que encontrábase en Richmon, se cayó enterita en el agua. El Valor estaba hecho un fuego; retorciase los bigotes, y hubiérale atacado al enemigo, si con gran indignación suya no se hubiese anticipado la Dulzura, pasando humildemente al bote hostil y ofreciendo ambas mejillas al adversario; esto ya era demasiado para la grosería de los embarcados; se disculparon con las Virtudes, y el Valor, que no es pendencioso, se creyó obligado, aunque á disgusto, á aceptar sus excusas.

Peró ¡oh! si hubiéseis visto cómo trató luego el Va-

lor á la Dulzura, jamás hubierais creído que fuese posible que una Virtud se pusiese tan furiosa con otra! Esta nueva disputa turbó un poco la armonía, y así que hubo pasado la lluvia, continuaron el viaje con todo, menos con cordialidad. No quiero referiros las pequeñas disidencias que ocurrieron en la conversacion general;—cómo la Economía tenia algo que observar en todas las casas que encontraban al paso, y cómo la Templanza se indignó del lujo de las barcas de la ciudad.

Llegaron á Richmon, y la Templanza fué la encargada de disponer la comida; entretanto, la Hospitalidad, paseándose por el jardín de la hostería, halló unos caballeros irlandeses y les invitó á que tomaran parte en la comida. Imaginaos las caras que pondrian la Economía y la Prudencia cuando vieron el aumento de compañía. La Hospitalidad se deshacía de contento; se frotaba las manos y pedía á voces Champagne y todo lo mejor que hubiera. La Templanza no tardó en escandalizarse, y hasta la Modestia se ruborizó con alguna de las bromas; pero la Hospitalidad, que estaba ya entre dos vinos, llamó á la una remilgada y dijo que la otra era una gazmoña. Las horas pasaron con rapidez; era ya tiempo de dar la vuelta, y bajaron hácia la orilla del río en completo desacuerdo y mal humor unas con otras, y la Economía disputando todo el camino con la Generosidad sobre la cuenta del festin.

Al terminar el viaje, y despues de un silencio unánime, la Prudencia tomó la palabra, y en tono sentencioso, dijo:

—Queridas amigas mías, he estado pensando que mientras estemos todas juntas sin mezclarnos con el resto del mundo, pasaremos la vida disputando entre nosotras mismas, corriendo el riesgo de ser despues menos amadas y deseadas que lo que ya lo somos. Ya sabeis que ninguna de nosotras es popular; todos están perfectamente satisfechos con vernos representadas en una comedia ó descritas en una novela. El nombre de la Caridad se usa, en verdad, con bastante frecuencia en vano, para sacar dinero y emplearle mal; el avaro habla con la misma frecuencia de lo mucho que me debe á mí cuando arroja de su puerta al extranjero, ó manda á su hijo á la cárcel; pero, sin embargo, no parecemos más que animales hermosos y fieros que á todos les gusta ver, pero que nadie quiere poseer. Ahora bien: yo propongo que nos separemos y tomemos alojamiento por un año dentro de algun mortal, con la facultad de mudarnos al fin de dicho año, si no nos hallamos á gusto, esto es, si viésemos que no hacemos todo el bien que pensamos: hagamos esta prueba, y de hoy en un año reunámonos todas bajo la mayor de las encinas del bosque de Windsor, donde cada cual referirá lo que le haya sucedido.

Callóse la Prudencia, como acostumbra á hacerlo siempre que ha dicho lo bastante, y encantadas con el proyecto las Virtudes, convinieron en adoptarlo inmediatamente. Las halagaba mucho la idea de obrar por su propia cuenta, no dudando ninguna de su particular éxito: pues la Economía, en su interior, no tenia á la Generosidad por virtud, y la Dulzura consideraba al Valor poco ménos que como á un pagano.

La Generosidad, siendo la más celosa y activa de todas las Virtudes, partió la primera para su viaje. La Justicia la siguió, pero con paso más igual y grave y

reposado. La Caridad no oia un suspiro ó veía un semblante escualido sin pararse á acariciar y consolar al paciente, bondad que la impedía adelantar tanto como las demás. El Valor dividió una silla de posta, en la que iban un caballero y su señora disputando muy conyugalmente, y pidió con buenos modos que se le permitiese ocupar el asiento vacante enfrente de la señora. La Economía iba continuamente vacilando, preguntando por las posadas más baratas. La pobre Modestia miró medrosa en derredor suyo al verse tan cerca de Lóndres, donde era casi totalmente desconocida, pero resolvió sin embargo dirigir sus pasos hácia dicha capital, por dos razones: primera, por la novedad que era para ella una gran ciudad y luego porque no queria exponerse á los peligros de un viaje por el continente. La Prudencia, aunque la primera en proyectar, fué la última en ejecutar, resolviendo, por lo tanto, quedarse donde estaba por aquella noche, para emprender el viaje al despuntar el día.

Pasó el año, y las Virtudes, puntuales á la cita, se reunieron bajo la encina designada. Casi todas llegaron al mismo tiempo, exceptuando la Economía, que, por haber tomado una silla de posta que venia de vuelta, se atrasó hasta entrada la noche, porque los caballos, habiendo andado cuarenta millas por la mañana, se inutilizaron en el camino. Las Virtudes parecian tristes y melancólicas, cual se suele estar despues de un viaje largo y sin provecho; y fuese de una manera ó de otra, tal era el devastador efecto que en ellas habia producido su trato con el mundo, que parecian haber disminuido asombrosamente de tamaño.

—Querida Generosidad, dijo la Prudencia, lanzando un suspiro; ya que vos fuisteis la primera que salió para el viaje, oigamos primero vuestras aventuras.

—Habeis de saber, queridas hermanas mías, dijo la Generosidad, que no me habia alejado aun muchas millas de vosotras, cuando llegué á una villa donde estaba alojado un regimiento, y al pasar por delante de una ventana, vi apoyada en una silla, donde estaba sentado un caballero, á la criatura más hermosa que jamás ha podido pintar la imaginacion. Sus ojos resplandecian como dos soles, y era tan amable, que hubiera podido pasar por el Buen Humor en persona. El caballero en cuya silla estaba apoyada era su esposo; hacia seis semanas que se habian casado; él era teniente, y no tenia más que el sueldo escaso de su clase y una mezquina renta.

(Continuará el próximo domingo.)

## CASCABELES.

Hemos leído con sumo placer la novelita *El lujo*, que acaba de publicar la conocida escritora doña Angela Grassi. Esta obra es sumamente moral, y por tanto, muy provechosa su lectura.—Las obras de esta escritora son de aquellas que no necesitan grandes y repetidas recomendaciones. El público las busca, porque sabe que son buenas.

Se excita de nuevo la caridad de aquellas personas que quieran ejercerla verdaderamente, y puedan so-

Peró Alberto se habia lanzado en un fatal torbellino, y no pudo retroceder; entónces vió alejarse á su madre, y como cada vez que iba á visitarle oia mil reconvencciones harto justas y merecidas, llegó á abandonar la por completo.

Dos años despues, supo que una herencia, bastante considerable con relacion á su pobreza, habia recaído en su anciana madre, y de la cual disfrutaba hacia algun tiempo. Entónces, tanto él como su asociado, se hallaban en una crisis difícil que iba á decidir de su ruina; dos mil duros hubieran bastado á salvarle; la herencia de su madre ascendia poco más ó ménos al doble de esa suma. Alberto tenia algunos derechos que reclamar de su madre, la particion del legado de que ella disfrutaba. Incitado por la miseria y por los malos consejos de su asociado, reclamó la parte que, segun él, le correspondia.

—Que abandone mi hijo esa vergonzosa posicion, y ahí lo tiene todo, respondió la pobre viuda.

—Alberto, exasperado por su miseria, amenazó á su madre con un proceso.

—Es la última vergüenza que quiero evitar al nombre de quien les envia, dijo á los enviados de su hijo; que venga el mañana á las once, y le daré el dinero; pero que venga él mismo.

Al día siguiente, en efecto, Alberto tuvo la osadía de acudir á la cita. ¡Desgraciado!

Halló á su madre pálida, moribunda, con un sacerdote á su lado. Cuando vió llegar á Alberto, le hizo señal de cerrar la puerta y de acercarse á ella.

—Escucha, Alberto, dijo; yo debia maldecirte desde mi lecho de muerte; pero este santo ministro del Señor, que me asiste en mis últimos momentos, me ha pedido en el nombre de nuestro Padre Jesús que te perdona. Toma ese oro que te ha hecho acelerar la última hora de tu madre, y ¡ojalá Dios quiera infundir en tu corazón el arrepentimiento!

La madre dejó caer su cabeza, y murió. Alberto, en su desesperacion, formó al lado del cadáver de su madre los propósitos más sinceros de la enmienda, pero que al momento fueron desvanecidos por la costumbre de la ociosidad. Aquel dinero solo retardó su ruina algun tiempo, y al cabo una quiebra fraudulenta le llevó á la cárcel, y luego á presidio, de donde salió para ser toda su vida un infame y un malvado. Acaso un día el desdichado arrastrará un grillete por toda su vida si no muere en un cadalso. Estos son los resultados de una educacion desproporcionada, incompleta y mal aplicada.

Pablo, padre de dos niños, modesto y honrado, prospera en su comercio, es feliz y hace felices á sus pa-

## LA MORAL EN ACCION.

(LECTURA PARA EL PUEBLO.)

I.

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE.

III.

SEGUN EL CULTIVO, ES EL TRIGO.

(Conclusion.)

En cuanto á Estéban, la triste situacion de su hijo le atribulaba más que á este, porque era su obra, resultado de la imprudente educacion que habia dado á su hijo y del menosprecio que habia sentido por la dulce y oscura posicion en que él se hallaba. Las cartas de su hermano Roberto contribuian á su desconsuelo; Roberto, sin pensar el mal que causaba á su hermano, no le escribía una carta por su mujer que no le hablase con entusiasmo de la felicidad de que era deudor á su hijo, á su hijo, modelo de jóvenes, laborioso, honrado, inteligente, excelente músico, y el cual iba á desposarse con una jóven hija de un artesano como Pablo, pero educada por su madre, de la cual nunca se habia separado.

Para las mujeres, semejante educacion es la mejor. «Mi futura nuera es guapa, amable y económica», dictaba Roberto á su mujer. «Pablo hallará en ella todas las cualidades que á nosotros nos han hecho tan felices, y que han convertido nuestras casas en dos paraísos. No dejes de venir á la boda, y nuestra alegría será completa.»

Ninguno de la familia de Estéban pudo acceder á esta invitacion, ni asistir á tan feliz suceso, porque no se encontraban bastante sobrados de dinero que pudieran sobrellevar los gastos del viaje y perder una semana de trabajo. Aquel hijo que no ganaba ni un real y que habia que mantener y vestir casi con lujo y no dejarle carecer de dinero, los reducía á una estrechez que podrá comprender el que reflexione lo que puede ganar en provincias un artesano, por hábil y trabajador que sea.

Las privaciones á que se veia reducida su familia por su causa, eran objeto de sufrimiento y de humillacion para Alberto; así es que huia de estar en casa y se pasaba horas enteras en el café. Allí, al ménos, esperaba todavía hacerse con una clientela entre los que habi-

tualmente asisten á semejantes casas, á gastar sus ocios en la disipacion; pero los que bebían y jugaban con él, no se dirigian á él cuando tenian necesidad de un abogado, y entónces más que nunca una ira concentrada, la envidia de la buena suerte de los demás, y un sentimiento amargo de odio, echaron raices en el corazón de Alberto.

Ya que no podia hablar y hacerse conocer en la tribuna, púsose á escribir en un periodiquillo de provincias, que, á falta de suscritores, de éxito y de ganancias, se complacia en difundir escandalosas ideas é injurias groseras. Alberto creia hacerse de este modo cierta importancia que le elevaria á la altura de aquellos á quienes satirizaba y escarnecía; mas esta conducta no le produjo más que desprecio. Porque no se llega en pocos días, y con tan corto trabajo, á ser escritor, como no se hace uno de repente pintor ni arquitecto; son precisos estudios preliminares y perseverantes, aun para escribir en ese género fácil é infame que desacredita á la prensa, digna, ilustrada, justa, comedida.

Llegaron las elecciones para diputados. Alberto, siempre atormentado por el convencimiento de su nulidad, se entregó á las intrigas del movimiento electoral, y sirvió tan torpemente los intereses de su candidato, que este se desentendió de él, porque conoció que solo disgustos y ninguna ventaja sacaria de la mediacion de quien tan poca influencia tenia entre sus mismos paisanos.

Este último golpe acabó de desacreditar á Alberto en la opinion pública.

He aquí ya á Alberto solo con su madre, sin recursos, sin pan, sin asilo bien pronto... ¿Qué iba á suceder á aquella familia?

Habia en la ciudad un agente de negocios, hombre gastado, que ejercia toda especie de negocios clandestinos sin haberse hecho rico á pesar de eso, que se encargaba de cobrar créditos dudosos ó casi incobrables, que especulaba con negocios equivocados, y que mangoneaba en la época de las quintas, intrigaba con los que habian de ser sorteados y tallados, y proporcionaba renganchados y sustitutos. Necesitaba de un asociado jóven y activo, porque él ya estaba viejo y enfermo. Vió á Alberto en necesidad, y se dirigió á él. Alberto se asió á esta débil tabla de salvacion, aunque de color oscuro, y perdió todo sentimiento de delicadeza y lealtad. Llegó á tener negocios, pudo ejercer su profesion, mas en causas tan poco honrosas, tan vergonzosas, que la viuda de Estéban rehusó participar de aquel pan ganado á semejante precio y por tan culpables medios.

—Más quiero, decia á su hijo, vivir del trabajo de mis manos, y hasta mendigar el pan.

correr la indigencia en que se encuentra M. S., imposibilitado para trabajar, á causa de hallarse enfermo, casado y con tres hijos pequeños. Vive calle de San Ildefonso, número 25, cuarto guardilla.

Estos días se ha hablado de crisis. Pero parece que no hay tal crisis. Y sin embargo, es horrible la crisis en que, por culpa de los malos Gobiernos, es decir, de todos los Gobiernos, está España tiempo hace. Y esta crisis no se remedia más que con un buen Gobierno, sin partido, sin pandillas, sin compromisos con los parásitos del Presupuesto.

¿No se le ocurre al señor Posada Herrera, y á la Junta de Sanidad, y á las autoridades, que el cólera puede volver cuando quiera?... Bueno sería estar prevenidos por si vuelve ese gobierno; y si no vuelve, nada se habrá perdido por estar prevenidos.—Estos Gobiernos, en esto, como en todo, no se acuerdan de Santa Bárbara mas que cuando truena.

En la fonda de Francia, nuevamente abierta por otro dueño en la calle del Carmen, núm. 30, se sirve perfectamente, como no es muy comun en Madrid. El que no coma en casa, debe comer en esa fonda, y nos dará las gracias.

Con el mayor gusto consignamos el favorable éxito obtenido por la comedia *Herir en la sombra*, original de los señores Hurtado y Arce, magistralmente interpretada por los actores del Circo.

Obtiene muy buen éxito la corona sacra *La pasión de Jesús*, que ha escrito el señor Jouve y se vende en esta Administración.

Se han repartido en Madrid las entregas 17 y 18 de *Sal y pimienta*, y se remitirán á provincias en la semana próxima con la 19 y 20.—En la entrega 24 terminarán los *Cuadros al fresco*. Esta obra les cuesta á los suscritores 6 reales, y tiene más lectura y muchas más viñetas que un tomo de los que ordinariamente se publican y cuestan 30 reales.

Terminada que sea esta obra, se empezarán á reparar las *Novelas festivas y morales* de don Carlos Frontaura, obra nueva ilustrada, cuyo prospecto recibirán en la semana próxima los suscritores. Recordamos á los que terminan su abono en fin de Marzo, que deben renovarlo oportunamente.

**Geroglífico del número anterior.**

Obras son amores, y no buenas razones.

Los alumnos del 5.º año de Farmacia, obsequian hoy á su catedrático y decano don José Camps y Camps, con una lucida serenata, que dará principio á las once de la noche. Dirigirá la orquesta el señor Llorente, alumno de la facultad.

El director de *El Pueblo* ha salido á cumplir el deber que se le ha impuesto. Sentimos este contratiempo, y deseamos volverle á ver al frente de su publicación.

**Charadita.**

Me dió miedo la primera, mas ya no me da maldito; con la segunda, que tengo viva en el alma, bien vivo; y me entono con la tercia, cuando me siento malito, y con el todo conozco á muchos que están muy ricos, que hablan siempre por el prójimo, y por lo que es bueno y digno.

Sepan VV. que el censor de la Habana, que debe ser, por cierto, un sábio, no permite que circule allí *El Cascabel*.

Creemos que esto debería bastar para que se relevase de ese cargo á dicho señor, porque no permitir la circulación de nuestro periódico, es la prueba más patente de no saber el hombre lo que se pesca.

Recomendamos este dato, con otros que le darán acerca de lo mismo otros periódicos, al ministro de Ultramar.

**Charadita del número anterior.**

Boticario que brevajes para los enfermos das, para el mal que afige á España, ¿que remedio encontrarás?

Hemos examinado detenidamente el *Cuadro sinóptico* de equivalencia de unidades antiguas á las métricas de todas las provincias de España, ejecutado por don Matias de las Morenas, profesor de instrucción primaria.

Nos parece una obra útil y recomendable, y así también lo ha considerado el Ministerio de la Gobernación, autorizando de Real orden á los Ayuntamientos para que puedan adquirirle con cargo á los fondos municipales.

Mañana se inaugurará una nueva casa de socorro en

samiento mejor ha podido tener la Municipalidad, teniendo en él la mayor parte el señor Diaz Benito, que es para mí el médico mejor del mundo.

El estado de sitio se levanta. Lo que por lo visto no se levanta, es el estado de prostracion en que se hallan la industria, el comercio, las artes y la Hacienda.

Esto consiste en que el estado de sitio lo puede levantar este Gobierno, y el otro no lo puede levantar mas que un buen Gobierno.

¿Cuándo saldrá este buen Gobierno á la escena?

*La Patria* habla de periódicos de á dos cuartos que han caricaturizado la tragedia del inolvidable amigo nuestro don Ventura de la Vega.

Bueno sería que *La Patria* pusiera los nombres de los periódicos á que se refiere. *EL CASCABEL*, periódico de á dos cuartos, y á mucha honra, y ojalá se pudiera vender á cuarto, no ha caricaturizado la tragedia del señor Vega, que nunca se atrevería á eso tratándose de una obra de tan gran maestro. Es mucho el respeto que tiene *EL CASCABEL* al verdadero talento, y muy poca su autoridad y muy poco su *chiste* para hacer eso que *La Patria* atribuye á los periódicos de á dos cuartos.

Y no se extrañe el articulista de *La Patria* de eso que lamenta.... Recordamos que en una ocasion leímos en una Revista teatral, firmada por un joven que tendria algunos veinte años, estas palabras:—«Aconsejamos al señor Breton de los Herreros....»

Donde un chico de veinte años aconseja á Breton sobre materias literarias, ¿que le asombra al colega?...

En el nuevo reglamento de empleados, no se concede nada á la ciencia, dice *La Lealtad*.

Pues si aqui se concediera algo á la ciencia, ¿hubieran sido ministros la mayor parte de los que lo han sido?

El *Ateneo Vicense de la clase obrera*, ha nombrado en junta general, y por unanimidad, socio honorario del mismo al Director de *EL CASCABEL*, quien da gracias á los obreros de Vich por tan señalada honra, que procurará merecer.

Hemos recibido un precioso libro, que para provechoso estudio y solaz de los amantes de la música ha escrito don José Castro y Serrano. Se titula este precioso libro *Los cuartetos del Conservatorio*, y se lo recomendamos á los aficionados á la música clásica.

*La Epoca* dice que el señor Gonzalez Brabo hace una gran falta en el actual Parlamento.

Si, si, hace falta quien hable, porque si no se va á acabar la conversacion.

Ya ha publicado este Gobierno su *Reglamentito orgánico de las carreras civiles de la Administración pública*.

Nos parece bien estudiado y arreglado á la conveniencia propia.

Peró ¿y los infinitos cesantes sin otras causas que la libre prerogativa ministerial, son hijos desheredados y espúreos de su patria?

Verdad es que esta ley no se ha hecho más que para los activos favorecidos por la suerte, ó mejor dicho, por la *Union liberal*.

Justicia, y no por mi casa! Esta sí que es la ley del embudo.

Peró ya sabemos que la caridad bien ordenada ha de empezar por uno mismo.

Despues que han sido colocados los predilectos; despues de separados los que no lo eran, aunque si probos é idóneos; despues de no haber quedado, ni por casualidad, un partidario que satisfacer; despues, decimos, inamovilidad y ley al canto.

Está visto que en este bendito país no han de poder hacerse leyes generales, sino leyes de partidos.

¿Quiénes habrán sido los confeccionadores de los artículos de esta? Nos huele al jurisperito señor Posada, que es hombre que bien lo borda, y á sus panaguados.

Por lo demás, salvando honrosas excepciones, poco nuevo se encuentra en ella. Solo, sí, una recopilacion de lo legislado sobre los diferentes ramos que abraza y que hay sentada jurisprudencia, y algunas omisiones que no tocamos, por no ser nuestro ánimo hacer su juicio crítico.

Esta es otra por el estilo de los escalafones de cesantes y presentacion de sus hojas de servicios convenientemente justificadas. Es decir, gaste V. el dinero y estése á ver venir.

¿No habrá por ahí un diputado que haga declarar á quien corresponda, á cuánto ascienden las subvenciones dadas á periódicos desde hace once años, y los nombres y apellidos de los periódicos favorecidos?

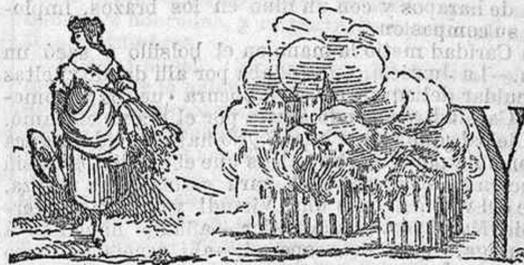
*La Correspondencia* dice, dando un poco de bombo al ministro de Hacienda, que estamos muy distantes de conflictos económicos.

Lo creo; los conflictos á que se refiere el colega no tienen nada de económicos, porque cuestan muchísimo dinero.

**ADVERTENCIA.**

Habiéndose levantado el estado de sitio, no hallamos medio mejor de celebrarlo que dar el jueves un *CASCABEL* á beneficio del Gobierno.

**GEROGLÍFICO.**



**ANUNCIOS.**

**IMPRESA DE EL CASCABEL.**

En esta imprenta se admiten encargos de impresiones, sirviendo á quien nos otorgue su confianza y nos pague, con el mayor gusto y la mayor economía. Pueden hacerse periódicos de todos los colores conocidos, obras (aunque sean malas), folletos (aunque sean políticos y sirvan lo mismo que á quien tiene tercianas rascarse las zapatillas), esquelas de matrimonios, mudanza de casa, y defuncion, prospectos, estados, billetes (no de Banco), programas (no de Manzanares), recibos (aunque ahora, como nadie quiere dar, poco hay que recibir), y todo lo demás.

Dirigirse al regente (no vayan VV. á escribir á Logroño á Espartero), que está esperando en la calle de los Caños, núm. 4, bajo, deseando que caiga (y no se haga daño) algun parroquiano (aunque sea de otra feligresía).

**Gran liquidacion.**—Se ha hecho gran rebaja en todos los géneros existentes. Preciosas telas de lana para vestidos de la estacion, de un color y de raya, novedad, á 4 y 5 rs. vara. Pelos de cabra y muselinas, lana, á 3. Bonitos velos mantilla de seda, á 30. Mantos, glase superior, á 50. Mantales de Coruña, puro hilo, 10 cuartas, á 20 y 22. Lienzos de todas clases y precios baratísimos. Calle de San Martin, núm. 8, tienda, frente al cuartel de la Guardia civil.

**JUSTO MONTOYA,**

CONSTRUTOR DE CARRUAJES, PREMIADO POR S. M.

*Gran fábrica* movida al vapor y dotada de cuantos elementos son necesarios para la más esmerada, rápida y económica construcción de toda clase de carruajes, y fundicion de hierro.

*Almacén de coches de lujo*, en el que se reciben tambien los pedidos para la fabricación con presencia de los últimos dibujos en color, de Paris, muestras de pinturas, etc.—Salon del Prado, 8, junto á San Fermin.

**En Vitoria.**

**En Madrid.**

PRECIO DE LOS CARRUAJES:

Los mismos que sus similares valen por término medio en Paris, ó sea un 25 por 100 más baratos que se venden estos en Madrid.

**Con mejoras en el precio y pago en el Cauto**, se siguen comprando imposiciones del BANCO DE ECONOMIAS. Justa, 5, principal izquierda.

**Sombreros.**—En el Pasaje de Murga, núm. 5, hay un gran surtido de sombreros de fieltro de todas hechuras y colores, propios para la estacion entrante, y á precios arreglados.

En los sombreros de copa no se han alterado los precios á pesar de la subida de la seda, por haber hecho acopio de felpas antes de esta subida, y se siguen haciendo á 50, 60 y 70 reales los superiores.

**Pañueta.**—Pañuelos bordados de Manila, desde 60 hasta 200 rs. Idem lisos, desde 35 hasta 200 rs. Tela de lana, última novedad, á 2 y medio, 3 y 3 y medio y 4 rs. Indianas, á 2 y medio y 3. Camisolas de hilo, de 30 á 80. Idem de algodón, de 12 hasta 28 rs. Pañuelos, seda la India, de 12 á 20 rs.—Postas 32, al lado del portal de la Virgen.—Nota.—El que pague en metálico, se le rebaja el 2 por 100.

**En la calle de la Cruz del Espíritu Santo**, núm. 6, cuarto tercero interior, se cede una habitacion para una señora sola, con asistencia ó sin ella, y por un corto estipendio.

**El caudillo de los ciento**, por don Antonio Arnao, con un prólogo del señor Hartzenbusch. Esta novela, tan celebrada por la prensa, se vende en esta Administración á 14 rs. en Madrid y 16 para provincias.

Por lo contenido en este número.

**F. Perezguz.**

Editor responsable, **D. Diego Mendez.**

MADRID: 1866.—Imprenta de **El Cascabel**, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.